

Dos mujeres hablando de otra mujer. Habría para echarse a temblar. Sin embargo, la otra mujer sale no sólo bien parada, sino enaltecida de las palabras de las dos, no interlocutoras, sino comentaristas, cada una por su lado, de vidas y obras. Se han acercado a ella con ánimo diverso. A Angélica Palma¹ le interesa la figura individual de mujer y de escritora; a Margarita Nelken², además, la hora y el momento en que surge, su sentido particular en la sucesión de las escritoras hispanas. Una y otra saludan en Cecilia Boehl de Fáber, en *Fernán Caballero*, a una excepcional y privilegiada mujer.

Después de los estudios del padre Coloma, discípulo directo y aun místico enamorado en su juventud de la anciana ilustre, y del padre Valencina, que pudo manejar sus papeles, quedaba todavía por construir la biografía humana de *Fernán Caballero*, eligiendo, anotando, interpretando, los documentos y los hechos de su vida.

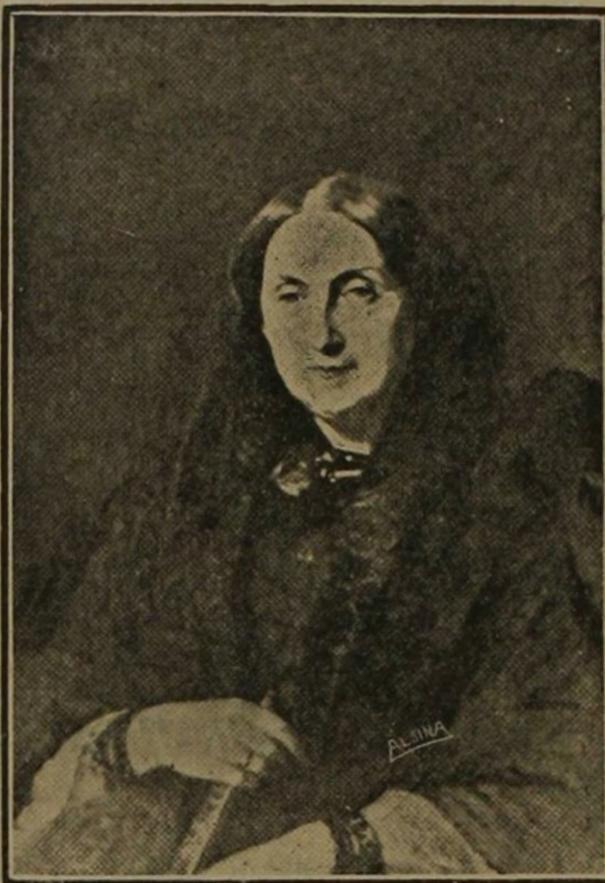
Tiene razón Angélica Palma para designarla en el subtítulo de su libro como "la novelista novelable". Hay una novela en esa larga vida, rodeada al comenzar de todos los halagos y extinguida después de haber probado todos los dolores. "¿Una novela? ¿Varias novelas?", se pregunta Angélica Palma en su página última. Tendríamos que reconvenirla por no haber hecho más que apuntar o señalar lo que pudo desarrollar plenamente en su libro, si no sintiéramos que se le impone con tal fuerza la figura en todos sus rasgos, uno de los cuales, a no dudar, es la reserva señorial, la energía del vivir para adentro, tan rara en el escritor y más en la escritora, que la obliga a detenerse en el umbral de los más palpitantes episodios, sin levantar el celoso cortinaje del secreto, mas no sin sospechar lo que tras él se oculta.

Ante todo, sería inútil buscar un doble fondo en la vida de *Fernán Caballero*, presidida siempre por los más severos principios morales; pero si no un doble fondo, un fondo existe, y de mucha hondura, en este alma femenina, que precisamente por recta y por clara, revelaría, bien explorada, los más nobles secretos de la feminidad.

La historia sentimental de Cecilia no puede ser más interesante. Tres veces casada, y enamorada, sin duda, de sus tres maridos: de aquel capitán Planells, que se le muere un día en los brazos, a los tres años de matrimonio tormentoso, lejos de España y de los familiares; del rendido marqués de Arco Hermoso, el tímido enamorado de la mocedad, que sabe hacerla feliz trece años y muere cantándole líricamente en su testamento—"Cuanto excede en altura la Giralda a las demás torres de Sevilla, así excede en virtud y mérito a las demás mujeres mi muy amada esposa Cecilia."—; del exaltado y enfermizo Antonio Arrom de Ayala, diez y ocho años más joven que

Lectura de la semana

Fernán Caballero

= De *El Sol*, Madrid =

Fernán Caballero

ella, *Fernán Caballero*, nunca movida por el interés u otra causa—ni por la compasión, como subraya certeramente Angélica Palma, en el tercer matrimonio—, hubo de aprender profundamente la ciencia del amor.

Sus tres años de vida conyugal en Puerto Rico, entre pasiones y soledades, hubieron de ser su principal escuela. Nos queda el testimonio de *Clemencia*, la narración que trasfigura esa historia; pero en *Fernán Caballero* la escritora, en cierto sentido se queda tan distante de la mujer... Ese recato de gran señora que se levanta a imponerle silencio con un dedo en los labios, corta la confidencia, diluye en generalidad lo particular humano. Y además sus escritos personales no nacen al calor, sino al recuerdo de los hechos, y si nacen, se quedan en el cajón del escritorio por muchos años, hasta que pasados ya los cincuenta (con una sola y señera excepción), el entusiasmo de Arrom de Ayala, primero, y las necesidades después, la llevan al oficio literario.

Su otra escuela, sonriente y dichosa, la que da a su literatura ese color sonrosado y optimista, es la de sus años afortunados, cuando, marquesa de Arco Hermoso, recogía de labios de sus colonos y cortijeros tesoros de poesía, malicia y saber popular, coleccionando dichos y refranes, cantares y cuentecillos con el mismo fervor que su padre, el alemán D. Juan Nicolás Bohl de Fáber, espigaba en los cancioneros y romanceros la vieja poesía española que pervive en sus *Florestas*.

¡Y qué nueva sugestión esta de la mezcla de razas y cruce de culturas, ardiente erudición paterna, vivo sentimiento literario, falto de cabal expresión, en la madre,

como fondo espiritual de una mujer nacida para ser el Walter Scott, la *Jorge Sand* española!

Margarita Nelken, en su vivaz capítulo, lleno de agudos conceptos críticos, y más restrictivo que la parte del libro de Angélica Palma dedicada a examen de la obra, no teme apuntar uno de aquellos gloriosos nombres europeos en relación con nuestra *Fernán*. Menos aún lo teme Benedetto Croce en una de sus notas sobre la poesía italiana y extranjera en el siglo XIX, dedicada cabalmente a nuestra escritora, que se publicó primeramente en *La Crítica* (1922) y luego pasó a uno de sus volúmenes de ensayos: "Mejor vena de poesía idílica que no en la celebradísima *Sand* me parece advertir en la modesta escritora española que se escondía tras el nombre de *Fernán Caballero*", dice; y señalando el contraste entre ambas, indicado también por Margarita Nelken, declara: "Veo, no obstante, en ella una solidez mental, una simplicidad de corazón y una vivacidad de fantasía que la otra no poseyó, con excederle en facundia y virtuosismo".

Entre los pasajes de *Fernán Caballero* que Croce cita (en español) yo he anotado éste: "Mi máxima es que todos los niños deben ser mimados." Conservarles la inocencia, la pureza de corazón; tender ante sus ojos el velo de Maya. Para *Fernán Caballero*, todos los lectores son un poco niños. Y esto le ha perjudicado en el concepto de los que se las dan de personas mayores.

A Valera le empalagaba (Margarita Nelken, con malicia de mujer, el recordarlo, vuelve contra el mismo Valera el argumento). Religiosos sus principales admiradores, hecha suya por un público que ama en ella precisamente las inhibiciones, sin exigirle una verdad grande, a más de las verdades pequeñas que engarza en sus relatos, ha sido un poco abandonada por la crítica cuando lo hacían hombres de espíritu liberal, como si junto a su innegable tradicionalismo no existiese en ella una fuerza creadora innegable también. Su estilo, extranjerizo en lo esencial, pese al alarde de modismos populares que exhibe con vanidad de coleccionista, no la defiende tampoco ante los partidarios de un casticismo rotundo.

Hay que rescatar a esta mujer de la cautividad en que la tiene el espíritu de partido, como a tantos otros grandes escritores hispanos, como en cierto modo tiene todavía a un Menéndez y Pelayo. Libros como el de Angélica Palma y como el de Margarita Nelken pueden contribuir no poco a llamar la atención sobre esta figura, como llamaron sus escritos la de uno de los más preclaros críticos actuales: Benedetto Croce.

La "novelista novelable" no tiene todavía su novela. Angélica Palma la ha visto, y apenas la ha intentado, en su libro, escrito con esa pulcritud y decoro que son peculiares en la hija del gran escritor de las *Tradiciones peruanas*. Alabemos lo que nos

(Pasa a la página 26)

(1) *Fernán Caballero*, la novelista novelable. Espasa-Calpe, 5 pesetas.

(2) *Las escritoras españolas*. Editorial Labor.